

« te con sus ropas, que puso sobre su cabeza ; y atravesó á
« nado el torrente. Todos nos horrorizamos temiendo que
« pereciese ; pero á poco le vimos al otro lado, en donde
« poniéndose sus hábitos, se postró de rodillas para pe-
« dirnos la bendición, y partió para su monasterio, deján-
« donos llenos de admiración al considerar cuán intrépido
« le hizo la obediencia en tan grán peligro. »

Añade el Santo otro ejemplo que hemos citado en otra parte, y despues otro de san Basilio, que demuestra quanto se esforzaba este santo Doctor por renunciar á su propia voluntad. « Se refiere, dice, que, visitando san Basilio uno
« de sus monasterios, preguntó al superior, si habia al-
« guno de los hermanos que se salvase. A lo cual respon-
« dió el abad: espero que no habrá uno solo que no se
« salve con el auxilio de vuestras oraciones. Hízole el santo
« obispo otra vez la misma pregunta, y comprendiendo el
« abad, que tenia el espíritu de Dios lo que queria decir,
« hizo venir á uno de los religiosos. Viéndole san Basilio, le
« rogó que le lavase los pies, y al punto fué complacido.
« Despues tomando el Santo la vasija, permitid, le dijo,
« que yo haga otro tanto con su caridad. El religioso no
« opuso la más leve resistencia. Entónces reconociendo el
« Santo por esta prueba el espíritu de este religioso, le di-
« jo : Cuando yo entre en el santuario, seguidme, y recor-
« dadme que os imponga las manos. Obedeció con la misma
« sencillez, y en su consecuencia, lo llevó san Basilio con-
« sigo. ¿ A quién mejor que á un discípulo tan obediente
« convenia estar al lado de un Santo tan lleno del espíritu
« de Dios? »

INSTRUCCION II.

DE LA HUMILDAD

La segunda instrucción de san Doroteo se refiere á la humildad. Empieza probando su mérito y necesidad: demuestra despues que así como hay dos clases de orgullo, hay también dos especies de humildad, y se ocupa, por último, en los medios de adquirir esta excelente virtud. Hé aquí en sustancia lo que dice acerca de estos tres puntos.

« 1º Un Padre de la antigüedad decía: La humildad nos
« es necesaria sobre todas las cosas, y en todas ocasiones
« debemos confesar que hemos faltado, y decir: *Perdo-*
« *dadme* (1): pues á todas horas sufrimos los ataques de
« nuestros enemigos y los esfuerzos de nuestro adversario.
« Pero, hermanos míos; ¿ porqué dice este solitario que
« tenemos más necesidad de la humildad que de la tem-
« planza, de la fé, de la limosna y de las demás virtudes que
« nos son tan necesarias? Es para enseñarnos que sin la
« humildad no podemos adquirir las demás virtudes. De
« aquí se desprende cuán grande es el poder de esta vir-
« tud, y la fuerza de esta palabra: *perdonadme.* »

« El demonio se llama nuestro enemigo y adversario.
« Nuestro enemigo, porque nos odia; nuestro adversario,
« porque se opone al bién que nos proponemos practicar.
« Pero así como él nos pone todos los obstáculos que
« están á su alcance, así nosotros hacemos inútiles todos
« sus esfuerzos por medio de la humildad, por lo cual nun-
« ca comprenderemos en toda su extensión el mérito de

(1) Los solitarios se valian de esta formula siempre que eran reprendidos, o manifestaban sus culpas.

« esta virtud. Todos los santos han marchado por este camino, que abrevia el de la salvación según las palabras de un profeta: *Me he humillado, y el Señor me ha salvado.* »

« Humillémonos, pues, hermanos míos, y aseguraremos nuestra salvación. Si la enfermedad ó la debilidad no nos permiten emprender grandes trabajos, pongamos todo nuestro esfuerzo en humillarnos, y esperemos de la bondad de Dios que, por poco que hagamos, nos hará partícipes de la felicidad de los Santos. Nos hallamos enfermos, no podemos trabajar: está muy bien: pero ¿ que nos impide humillarnos? »

« Felices, hermanos míos, todos aquellos que alcanzan esta virtud, que, como declara un hombre de Dios, es la base de todas las demás; pues el que la practica no se llena de cólera, no se enfada ni molesta á ninguna otra persona. Notadlo bien: esta virtud no tiene otro enemigo que la vana gloria, y como por otra parte no conoce la ira, atrae la paz de Dios sobre el alma; la pone á cubierto de la cólera, y preserva de las demás pasiones, como fué revelado á san Antonio, cuando representándosele en visión toda la tierra cubierta de lazos, se le dijo que sólo lamente con la humildad podía escaparse de ellos. »

« ¿ Qué hay, por lo tanto, que iguale al poder de la humildad? Si al hombre humilde ocurre alguna desgracia, se condena á sí mismo, y cree haberla merecido: no se queja de nadie: á nadie molesta, ni por nadie cree ser molestado. Así es que nunca se turba, y goza de perfecta tranquilidad. »

« 2º Hay dos especies de humildad, como hay dos especies de orgullo. La primera consiste en despreciar á los hermanos, y pretender hacerse superior á ellos; mientras que la segunda se verifica, cuando se hace poco caso de Dios. Del primer orgullo se cae en

« el segundo, cuando no se tiene cuidado de reparar la falta por medio de la humildad. Yo mismo he tenido lugar de observar un ejemplo en un religioso. Cuando comenzó á dar pruebas del primer orgullo, si le daba un consejo alguno de sus hermanos, se enfadaba, y le respondía con cierto desdén. No os metais en esto, decía: sólomente el abad Zozimo y los que viven con él merecen ser estimados y escuchados. No paró en esto, pues al poco tiempo trataba de la misma manera al abad Zozimo, y decía que sólomente merecía alguna consideración el abad Macario. Poco tiempo despues despreciaba también á éste, y más tarde á san Basilio y á san Gregorio. Más aún, llegó á despreciar á san Pedro y á san Pablo, diciendo que sólomente guardaba consideración á la Santísima Trinidad, y llegó, por último, al exceso de sublevarse contra este santo Misterio. »

« Puede decirse que hay además otras dos clases de orgullo: una que ataca á las gentes del mundo, y otra á los solitarios. Las gentes del mundo se creen más dignas de estimación que las demás, ya porque sean más ricas, más nobles ó mejor formadas, ya porque se hallen dotadas de otras facultades naturales, como una voz agradable, un carácter dulce, ó mayor agilidad en las cosas que hacen. Los solitarios pueden caer en este orgullo de las gentes del mundo, cuando se llenan de vanidad por que tienen algunas de estas cualidades naturales, ó por que su monasterio es más rico, más grande ó mas numeroso. »

« Pero el orgullo que de una manera especial inficiona á los monjes es aquel por el cual se glorifican á sí mismos por sus vigiliias, por sus ayunos, por su piedad, por la prudencia de su conversacion, ó por el celo en el cumplimiento de la regla, y también cuando se humillan y rebajan con el designio de atraerse las miradas de los

« hombres. Ved aquí las dos especies de orgullo: hablemos
« ahora de las dos especies de humildad. »

« Consiste la primera en creer á los demás mejores que
« á sí propio, ó como decia un Padre de la antigüedad, en
« que no haya nadie á quién se considere inferior; mientras
« que la segunda consiste en atribuir sólomente á Dios
« todo él bién que se hace. Esta es la humildad perfecta de
« los Santos. Son estas dos especies de humildad como dos
« brazos de un árbol que se inclinan hacia la tierra, cuando
« están cargados de fruto. Así pues, cuanto más llenos de
« virtudes se hallan los Santos, tanto más se humillan, y á
« medida que más se acercan á Dios por su santidad,
« tanto más pecadores se consideran. »

« Ésta verdad parecerá incomprendible á los que no
« conocen bién la humildad de los Santos. Hablaba yo
« un dia con uno de los principales personajes de la ciu-
« dad de Gaza, y como le dijese que aquel que más se
« acerca á Dios, se considera más pecador, me dijo en
« tono de admiración: ¿ Como puede ser esto? Para ha-
« cércelo comprender, le pregunte: ¿ cual es la persona que
« hay de más consideración en vuestra ciudad? Creo que
« soy yo, me respondió. Y ¿ qué papel, insistí, representa-
« riais en Cesarea? Pues seria, replicó, la última de las
« personas caracterizadas ¿ Y si fueseis á Antioquía? Sería,
« dijo, un simple ciudadano. ¿ Y si fueseis, por último, á
« Constantinopla, y os acercaseis á la persona del empera-
« dor? Pues entónces seria una persona insignificante.
« Ahora bién, le dije, eso es precisamente lo que hacen los
« Santos: cuanto más se acercan á Dios, tanto más peca-
« dores se consideran. »

« Abraham tuvo la felicidad de ver al Señor, y se dió á
« sí mismo el nombre de tierra ó de polvo. Isaac exclama-
« ba que era un miserable é impuro. No hay duda que la
« humildad fué la causa de que los leones no dañasen á

« Daniel en el lago. Moisés y Jeremías se excusan por hu-
« mildad, cuando Dios les envia para que sean los defen-
« sores de su pueblo. »

« 3º Nadie puede expresar con exactitud en que consiste
« esta humildad, y como puede producirse en el alma, si
« no lo aprende por experiencia, pues la enseñanza de los
« hombres no se lo podrá dar á conocer. Preguntado un
« anciano por un religioso en que consistia la humildad,
« respondió, que era una cosa grande y divina, y que los
« medios de conseguirla eran los trabajos corporales, la
« oración y los sentimientos del corazón, por los cuales
« llega cada uno á considerarse inferior á los demás. Dice
« este santo Padre que los trabajos corporales conducen á
« la humildad, por que así como el hombre que goza de
« una salud vigorosa tiene disposiciones muy diferentes de
« las del que se halla enfermo, así como el que esta satis-
« fecho piensa de diferente manera que el que tiene hambre,
« y el que está sentado sobre el trono tiene diferentes aspi-
« raciones que el que habita humilde hogar, así también el
« trabajo material humilla el cuerpo, y esta humillación
« trasciende al alma. El sentimiento de desprecio que se
« concibe de sí mismo combate la primera especie de or-
« gullo de que hemos hablado, y la oración, por la cual
« acudimos á Dios en nuestras necesidades, ó le atribui-
« mos el bién que hacemos y le damos gracias por él, com-
« bate la segunda especie. Una vez destruido este doble
« orgullo, se abre la humildad paso en nuestro co-
« razón. »

INSTRUCCION III.

LA CONCIENCIA

Después de explicar san Doroteo en pocas palabras lo que es la conciencia, demuestra cuán peligroso es sofocarla, y cuanto importa seguirla, entrando después á tratar de lo que dicta tanto para con Dios, como para con el prójimo y para consigo mismo.

« 1º Cuando Dios creó al hombre, dice, le inspiró algo « divino: á saber un sentimiento interior, un fuego, una « luz para ilustrar su razón y darle medios para que pueda « discernir el bien del mal. Así es que la conciencia subsiste « siempre en el fondo de nuestra alma, y no deja un mo- « mento de advertirnos nuestros deberes y obligaciones. Por « ella se guiaron los Santos ántes de que se les diese la ley « escrita; pero habiéndola ofuscado los hombres con la « multitud y enormidad de sus pecados, se les dió la ley, « hablaron los Profetas, y descendió, por último, el mismo « Jesucristo, para reanimar por la observancia de su san- « ta ley esta luz, que casi se había extinguido. »

« Está en nuestras manos el apagarla de nuevo, ó hacer « que nos ilumine, si nos dejamos llevar de sus impre- « siones. Cuando nos inspira que hagamos una cosa y de- « jamos de hacerla, ó cuando nos prohíbe algo y lo ha- « cemos, entonces se dice que se sepulta la conciencia, « cual si se cubriese de tierra, y en este caso no se puede « oír clara y distintamente, á causa del peso de los pecados « con que se halla oprimida. Así pues, el hábito que con- « traemos de despreciarla y prescindir de sus inspiraciones, « hace que no fijemos la atención en lo que nos dicta. De « esto se lamenta precisamente el profeta Oseas, cuando

« dice: *Efraim ha vencido á su adversario, y ha hollado el « juicio (1) ».*

« Llama ó la conciencia su adversario, y en el mismo « sentido se expresa Jesucristo, cuando dice: *Acomódate « con tu adversario, mientras que estás en el camino, no sea « que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue « al ministro, y seas echado en la cárcel (2).* Pero ¿ porque « se llama nuestro adversario? Es porque combate nues- « tra propia voluntad, ya sea cuando nos reprende, porque « faltamos á nuestro deberes, ya sea cuando nos acusa por- « que no hacemos lo que debemos. El camino durante el « cual hemos de ponernos de acuerdo con ella es el tiempo « de esta vida, después de la cual hemos de ser juzgados « y condenados, si no seguimos su dictámen.

« Procuremos pues, hermanos míos, conservar durante « esta vida la pureza de conciencia: no permitamos que nos « acuse, no desatendamos sus inspiraciones ni aún en las « cosas pequeñas: no empecemos á decir dentro de « nosotros mismos: ¿ qué importa esta palabra insignifi- « cante? ¿ qué mal se sigue de que yo coma éste ó aquel man- « jar? ¿ qué inconveniente hay en hacer esto ó aquello? « De esta manera se va llegando poco á poco hasta embotar « la conciencia; en un principio no causan remordimiento « las cosas leves; después tampoco lo causan las graves, y « se concluye por caer en el abismo de la insensibilidad « y del desprecio de la ley divina. »

« 2º Se observa el dictámen de la conciencia de muchas « maneras: á saber, para con Dios, para con el prójimo y « para consigo mismo. Se observa para con Dios, cuando « se guardan sus preceptos sin consideraciones ni respetos « humanos y por el contrario, se peca contra la conciencia

(1) Os. v, secund. LXX.

(2) Mat. v, 25.

« en lo que á Dios se refiere, cuando no se le dá con fidelidad lo que se le debe, aún cuando no haya otros testigos que Dios y la conciencia ».

» Se observa lo que dicta la conciencia en lo que al prójimo se refiere, cuando nos abstenemos de todo aquello que puede ofenderle, tanto de palabra como de obra; pues á veces un gesto, un movimiento cualquiera, ó una mirada son suficientes para causarle molestia. »

» Por último, se sigue el dictámen de la conciencia para con nosotros mismos, cuando tenemos cuidado de todas las cosas que nos sirven, sin permitir que ninguna nos haga daño, ni se pierda (1). Así, por ejemplo, se peca contra la conciencia en este punto concreto, cuando no se tiene cuidado de limpiar y componer los hábitos; cuando se lavan ántes que sea preciso, ó cuando se destrozan ».

» Se peca también contra la conciencia, cuando pudiendo descansar en un lecho pobre y modesto, se desea uno mullido y regalado, ó cuando teniendo una almohada de crin, se busca una más tierna, ó cuando, pudiendo contentarse con una cubierta ordinaria, se desea otra más vistosa, ó en fin, cuando, viendo lo que se dá á otros religiosos, se desea para sí. »

(1) Debe observarse que el espíritu de pobreza obligaba á los solitarios á tener un cuidado especial de los muebles y de todas las cosas de su uso, y esto por dos razones [especiales que ya hemos expuesto en otro lugar. Es la primera, que estas cosas no pertenecen al religioso en propiedad, sino al monasterio, y por consiguiente, deben conservarse con el mismo esmero con que se custodia un depósito: pues en virtud del voto de pobreza nada propio tenían los solitarios. La segunda es, que todo lo que pertenecía al monasterio se miraba como consagrado á Dios, y por consiguiente, en lugar de despreciarlo, debía mirarse como cosa santa y conservarse con veneración. Todo esto nos dá idea del verdadero espíritu de pobreza enseñado por los Padres de la antigüedad.

» Tampoco se adelanta en la virtud, sino que se obra contra conciencia, cuando, despues de tender el manto al sol, no se retira á su debido tiempo, con peligro de que sufra detrimento: así como aquel que, pudiendo contentarse con algunas legumbres ó yerbas, procura un alimento más delicado. Por esta razón nos advierten nuestros Padres, que es de la más absoluta necesidad que procure el religioso, que no le acuse su conciencia. Conduzcámonos con tanta discreción, atención y sabiduría, que nos garanticen de semejante desgracia.

INSTRUCCION IV.

DEL TEMOR DE DIOS

Habla san Doroteo en su cuarta instrucción del temor de Dios, y distingue tres clases de temor: el de los castigos, que es propio de los siervos; el de perder la recompensa, que es propia de los mercaderes, y el filial, que conviene á los hijos. Despues de hablar de todos ellos y particularmente del último, cuyas ventajas demuestra, habla de los medios de adquirirlo y de los vicios que le son opuestos, en especial de la presunción. Entra despues en consideraciones acerca de la conducta que debe observarse con los hermanos de religión en conformidad con las reglas del temor de Dios.

» 1º Nos enseña san Juan, dice, que *la caridad echa fuera el temor* (1); mientras que el real Proteta dice, que *los Santos temen al Señor* (2). A primera vista parece esto una contradicción; pero la santa Escritura nos indica

(1) I, Joan. iv, 18.

(2) Ps. xxxv.